



Claves para acompañar como docente a niños y adolescentes en el proceso de exploración de su identidad de género: sostener, acoger y escuchar

Keys for Supporting Children and Adolescents in Their Gender Identity Exploration Process as a Teacher:
Sustaining, Welcoming, and Listening



Marta Pomés Raventós

Universitat Ramon Llull. Institut Borja de Bioètica
mpomes@ibb.url.edu



Resumen

Este artículo explora el acompañamiento educativo a menores con inquietudes relacionadas con la identidad de género. A partir de una mirada ética y pedagógica, se subraya la importancia de la escucha activa, la contención emocional y el respeto a los ritmos madurativos. Se abordan las características específicas de la infancia, la adolescencia y la juventud como etapas de construcción identitaria y especial vulnerabilidad. Se advierte sobre la urgencia que muchas veces rodea estos procesos y se propone un acompañamiento sereno, prudente y basado en información contrastada. También se destaca el papel de las familias y la necesidad de sostenerlas en la incertidumbre, evitando respuestas apresuradas. El texto defiende el derecho al libre desarrollo de la identidad, con o sin transición, y aboga por una presencia adulta que no imponga decisiones, sino que ofrezca cuidado, presencia y respeto profundo por la complejidad y la singularidad de cada trayectoria personal.

Abstract

This article explores educational support for minors experiencing questions related to gender identity, particularly in trans contexts. From an ethical and pedagogical perspective, it highlights the importance of active listening, emotional containment, and respect for developmental rhythms. It examines the specific characteristics of childhood, adolescence, and youth as stages of identity construction and heightened vulnerability. The article warns against the urgency that often surrounds these processes and proposes a calm, prudent approach grounded in evidence-based information. It also emphasizes the role of families and the need to support them through uncertainty, avoiding rushed responses. The text defends the right to freely develop one's identity—with or without transition—and advocates for adult presence that does not impose decisions, but rather offers care, presence, and deep respect for the complexity and uniqueness of each personal journey.

Key words

Acompañamiento educativo; identidad de género; menores; libre desarrollo; respeto; escucha activa.

Educational support; gender identity; minors; free development; respect; active listening.

Fechas

Recibido: 31/08/2025. Aceptado: 30/09/2025



1. Introducción

La transexualidad ha sido tradicionalmente concebida como una experiencia que emergía únicamente en la vida adulta. Pero en los últimos años, las expresiones de malestar relacionadas con la identidad de género en la infancia y la adolescencia han ganado visibilidad, no solo en los medios y redes sociales, sino también en los espacios educativos y familiares. Docentes, orientadores, educadores sociales y profesionales sanitarios se encuentran cada vez con mayor frecuencia ante preguntas difíciles, emociones intensas y situaciones cargadas de urgencia que no pueden —ni deben— afrontarse desde el automatismo o la improvisación. Acompañar a un menor que expresa inquietudes sobre su identidad de género es, antes que nada, un acto de responsabilidad ética. Y también de profundo respeto por la singularidad de cada persona.

Este artículo parte de una convicción: acompañar no es intervenir para definir o etiquetar, corregir o dirigir el proceso del otro. Acompañar es estar. Estar de manera presente, atenta, cercana y reflexiva. Estar sin invadir, sin precipitarse, sin dejarse arrastrar por

las prisas que muchas veces se imponen desde fuera. Porque lo cierto es que las situaciones en las que se expresan malestares o dudas sobre la identidad de género suelen venir atravesadas por la urgencia: urgencia por resolver el sufrimiento, por actuar rápido, por tomar decisiones que alivien la angustia y el intenso malestar. Pero debemos ser conscientes que lo que está en juego

es la construcción de la identidad de una persona joven y la urgencia puede alejarnos de la prudencia y volverse peligrosa.

El texto que aquí se presenta no ofrece recetas ni soluciones cerradas. Tampoco parte de una posición ideológica o militante. Su propósito es más modesto —y no por eso menos necesario—: ofrecer claves pedagógicas, éticas y humanas para acompañar procesos complejos sin reducirlos. Para sostener preguntas sin exigir respuestas inmediatas. Para ofrecer espacios donde niños, niñas y adolescentes puedan expresarse, explorar, cambiar de opinión y construir su propio relato con el apoyo de adultos presentes y disponibles. Y así ayudar a comprender que en este acompañar —igual que en cualquier otro— el centro es la otra persona y el fin velar por su bienestar o bienser.

Desde el respeto a los ritmos evolutivos, se abordarán las particularidades del acompañamiento en las distintas etapas del desarrollo —infancia, adolescencia y juventud—, así como los desafíos específicos que plantea el acompañamiento de experiencias trans o de disconformidad de género. A lo largo del texto se insistirá en la necesidad de contener la urgencia, proteger la intimidad; ampliar las perspectivas, ofrecer información rigurosa y favorecer relaciones positivas que refuerzen la autoestima; y así permitir que cada menor encuentre su camino sin presión ni soledad.

El acompañamiento auténtico no ofrece certezas. Acompaña, escucha y sostiene dudas. Educar es trabajar y velar por el buen desarrollo personal, social y emocional del menor y esto no es posible sin acompañarlo. Por eso podemos afirmar que educar es principalmente acompañar.

El acompañamiento auténtico
no ofrece certezas. Acompaña,
escucha y sostiene dudas



2. Concepto de acompañamiento personal e identidad de género

Hablar de acompañamiento en el ámbito educativo, especialmente en relación con menores que exploran su identidad de género, exige salir de automatismos. No se trata de aplicar recetas o protocolos, ni de responder con precipitación a etiquetas emergentes. Acompañar, en su sentido más humano, es estar presente. Escuchar de verdad. Sostener dudas, miedos, silencios y preguntas que aún no tienen forma, lógica o madurez (Cornelius-White, 2007).

En este marco, el acompañamiento no implica juzgar, interpretar ni resolver. Tampoco significa afirmar sin matices todo lo que el menor exprese. Significa, más bien, ofrecer un espacio donde esa expresión y vivencia pueda sentirse sin presión. Un espacio seguro, personal y confidencial. Esto requiere más que buenas intenciones: hace falta

una disposición ética, cercanía, tiempo sin prisas, formación específica y, sobre todo, una actitud humilde y abierta.

La identidad de género no se forja en línea recta. Para muchos menores, es un proceso lleno de preguntas, momentos de verdades que luego se desdibujan, influencias sociales que pesan más de lo que parecen y vivencias corporales difíciles de expresar

La identidad de género no se forja en línea recta. Para muchos menores, es un proceso lleno de preguntas, momentos de verdades que luego se desdibujan, influencias sociales que pesan más de lo que parecen y vivencias corporales difíciles de expresar (Perry, 2019). El rol del docente, lejos de intervenir con certezas, consiste en estar cerca sin interferir. Escuchar sin dirigir. Crear y ofrecer un espacio personal sin juzgar ni imponer.

Acompañar no es sinónimo de intervenir. De hecho, muchas veces es más difícil no intervenir. Resistir la tentación de actuar, definir, clasificar o guiar apresuradamente a quien se está buscando. En un tiempo marcado por la urgencia, la prisa y la protocolización, esta actitud —que va contracorriente— puede parecer contracultural. Sin embargo, es clave para proteger el proceso de desarrollo del menor, tal como plantean enfoques éticos del cuidado.

Acompañar es sobre todo sostener. Estar ahí. Cuando no hay respuestas claras, lo que el menor necesita no es una solución, sino alguien presente, que permanezca a su lado. Que no le juzgue, ni le diga qué es, ni en qué debe convertirse o debe hacer. Acompañar es ante todo estar. Identificar esta tarea como educativa no es exagerar: el acompañamiento docente no busca moldear una identidad, sino permitir que se desarrolle con libertad, incluso si el camino es incierto o cambiante.

Por eso, la acción principal del acompañamiento es escuchar. Escuchar auténticamente. No como gesto formal, sino como actitud radical. Escuchar sin juicio, sin necesidad de categorizar lo dicho ni de traducirlo a un lenguaje adulto. Escuchar sin miedo a la ambigüedad. Escuchar sin condiciones. Muchas veces los educadores sienten que deben actuar rápido, ofrecer respuestas o confirmar hipótesis. Pero acompañar no es responder: es respetar el tiempo del otro. Y en el caso de los menores, eso supone reconocer que cada uno tiene su ritmo vital y madurativo. Por ello, deberemos protegerlos también de nuestras proyecciones, prisas e inquietudes.



En definitiva, el acompañamiento personal a menores en procesos de búsqueda identitaria no es aplicar un protocolo o una técnica ni una política puntual. Es un acercarse a la persona que exige responsabilidad, ética y humildad. No se trata de “afirmar” o “dudar”, sino de estar presentes de forma honesta, sin manipular ni reducir la complejidad y singularidad del ser humano a una mirada única.

3. Acompañamiento a niños, adolescentes y sus familias

Cuando un niño o adolescente expresa preguntas o vivencias relacionadas con su identidad de género, es habitual que el acompañamiento se centre –comprensiblemente– en él o ella.

La escuela, como institución social y pedagógica, y el docente en particular que ejerce de acompañante, no pueden olvidar que el bienestar del menor está íntimamente ligado al de su entorno familiar. Acompañar, en este caso, es también acoger la

familia del menor y la complejidad de sus vínculos familiares (González-Mendiondo, 2024). En la actualidad cuesta más que las familias tengan la capacidad de sostener las incertidumbres, los malestares y las frustraciones de sus hijos. Además, es habitual que aparezcan desincronías: mientras el niño puede verbalizar con claridad ciertos sentimientos o demandas –ya que lleva un tiempo experimentándolas–, su entorno puede necesitar más tiempo para comprender, aceptar o simplemente adaptarse. Esta diferencia de ritmos debe tenerse presente en el acompañamiento y a la vez no debe ser vivida como un obstáculo, sino como parte del proceso.

A veces, los adultos esperan que los menores tengan una narrativa sólida y coherente sobre lo que sienten. O que mantengan esa narrativa sin cambios. Pero el acompañamiento auténtico no exige consistencia precoz, ni respuestas adultas en personas en pleno desarrollo, físico, emocional y social. No podemos esperar que actúen como adultos cuando no lo son. Acompañar es precisamente permitir que el discurso se construya con calma, que se contradiga si es necesario, que madure sin la presión de tener que definirlo todo de inmediato.

Del mismo modo, el acompañamiento debe abrir espacio para la duda, tanto en el menor como en sus cuidadores. Dudar no es retroceder. Es pensar, integrar, sopesar. Y es esencial que esa duda no sea patologizada ni castigada, sino leída como parte de un proceso natural de crecimiento y búsqueda. Esta es una de las grandes tareas del acompañamiento educativo: ayudar a que todos los miembros de la familia se sientan incluidos, escuchados y reconocidos en un momento vital que puede ser incierto y desconcertante, pero también profundamente transformador.

Ahora bien, el centro del acompañamiento sigue siendo el niño o adolescente. Sus emociones, su autoestima, su forma de estar en el mundo. Por eso, el docente que acompaña no puede limitarse a gestionar discursos o conflictos. Su presencia tiene

Pero el acompañamiento auténtico no exige consistencia precoz, ni respuestas adultas en personas en pleno desarrollo, físico, emocional y social. No podemos esperar que actúen como adultos cuando no lo son



que ser afirmativa en el sentido más profundo: afirmar la validez de las emociones del menor, sostener su dignidad incluso en los momentos de mayor fragilidad y vulnerabilidad, y proteger su derecho a expresarse sin sentirse ridiculado, presionado ni instrumentalizado. La validación emocional, en este contexto, no es una concesión, es una necesidad (Ruzek, 2016).

El acompañamiento, cuando se hace bien, no juzga ni acelera, no empuja ni impone. Ofrece sostén. Da tiempo. Genera confianza. Expresa respeto

Además, es fundamental no exigir actitudes y elecciones adultas a quienes aún están construyendo su subjetividad. A veces, los discursos en torno a la identidad de género colocan en los niños y niñas responsabilidades que ni siquiera los adultos logran sostener. Se espera que sepan lo que quieren, que lo digan de forma clara, que lo mantengan con firmeza. Pero los procesos de identificación no funcionan así. Están llenos de idas y vueltas, de momentos de certeza y otros de confusión, y eso no debería vivirse como una amenaza, sino como parte del desarrollo psicoafectivo.

El acompañamiento, cuando se hace bien, no juzga ni acelera, no empuja ni impone. Ofrece sostén. Da tiempo. Genera confianza. Expresa respeto. Escucha también a los padres, incluso cuando están conducidos por el miedo, la confusión o la negación. No los convierte en enemigos, sino en partícipes del proceso. De este modo, el entorno educativo puede actuar como un puente: entre el menor y su mundo interior, pero también entre el menor y su familia, contribuyendo a crear condiciones para una convivencia más empática, comprensiva y cuidadosa. El bien del menor pasa también por el bien en su entorno, en su familia.

4. Características del acompañamiento en la adolescencia

Acompañar a un adolescente no es fácil. El adolescente busca afirmarse, y para hacerlo necesita, en muchas ocasiones, confrontar. Discutir, poner en duda, distanciarse. Esta dinámica, lejos de ser un problema, es parte esencial del crecimiento. Por eso, acompañar en la adolescencia no significa controlar ni dirigir, sino saber estar, saber escuchar sin responder o invadir, sostener sin agobiar.

En esta etapa, el mundo adulto pierde centralidad e importancia. La mirada de los iguales —de los amigos, del grupo— se vuelve prioritaria. La necesidad de pertenencia se vuelve urgente, incluso angustiosa. Y hoy, además, esa pertenencia se juega también en escenarios públicos, con una visibilidad inmediata y constante y a menudo cruel: las redes sociales. Ahí se amplifica todo. El deseo de ser visto, aceptado, validado. Pero también el miedo al rechazo, al aislamiento, al juicio. Por eso, el acompañamiento en la adolescencia requiere una sensibilidad particular para no trivializar ni sobrecargar esas vivencias.

El adolescente vive cambios emocionales intensos, rápidos, a veces contradictorios. Puede pasar en horas del entusiasmo al silencio, del llanto a la euforia. No siempre hay una lógica aparente, y eso puede desconcertar a los adultos (Gaete, 2015). Pero tratar



de estabilizar a toda costa esas emociones o pedirle al adolescente que las justifique razonablemente, es desconocer la naturaleza misma de esa etapa vital. Acompañar significa también dejar que sienta, que transite por esos vaivenes sin sentirse juzgado o patologizado por ellos.

En esta etapa vital, la exploración es fundamental. Descubrir, probar, equivocarse, cambiar de opinión. Probar otra vez. El adolescente necesita experimentar su libertad para poder habitarla. Quiere —y necesita— tomar decisiones, incluso si no siempre son las más acertadas. Por eso, el educador puede ofrecer referencias, límites razonables, una mirada que no juzga. Pero como nos dice Josep M. Esquirol (2024, p. 12): “El educador no puede recorrer el camino por el alumno. La reflexión del educador no ahorra la del alumno”. Puede estar cerca, sí. Pero no puede caminar, vivir por él.

Los ritmos madurativos son distintos en cada persona. Algunos adolescentes parecen adultos en sus argumentos, pero siguen siendo niños en lo afectivo. Otros muestran una gran sensibilidad, pero aún no tienen herramientas para regular y gestionar lo que sienten

Los ritmos madurativos son distintos en cada persona. Algunos adolescentes parecen adultos en sus argumentos, pero siguen siendo niños en lo afectivo. Otros muestran una gran sensibilidad, pero aún no tienen herramientas para regular y gestionar lo que sienten. El acompañamiento debe adaptarse a ese ritmo, no al revés. Y, sobre todo, debe evitar colocar etiquetas cerradas sobre experiencias que todavía se están gestando. Esto es especialmente importante cuando se trata de cuestiones identitarias: lo que hoy aparece con fuerza puede cambiar y, eso no invalida la vivencia, solo recuerda que la identidad, en la adolescencia, no es un destino, sino un proceso.

Desde esta perspectiva, acompañar en la adolescencia no es tarea de control ni de vigilancia. Es, más bien, un trabajo de presencia atenta, de escucha sin expectativa, de disponibilidad auténtica. Supone acompañar desde la humildad para sostener sin dirigir. Es un lugar incómodo, pero profundamente necesario. El educador que sabe estar en ese punto medio —ni ausente ni invasivo— ofrece al adolescente algo fundamental: un adulto que no necesita que él sea de una determinada manera para poder quererlo y respetarlo.

5. La juventud como etapa de transición y vulnerabilidad

La juventud es una etapa de tránsito. No se está ya en la infancia, pero tampoco se ha llegado del todo a la adultez. Es un tiempo en el que muchas piezas empiezan a moverse: la identidad personal, los vínculos afectivos, el sentido del futuro. Todo se redefine. Todo se vuelve más incierto (Mastorci, 2024).

Esta etapa implica una profunda construcción de la identidad. No solo se trata de descubrir quién se es, sino también de decidir —con mayor o menor libertad— quién se quiere ser. Es un proceso que se da en medio de múltiples tensiones: internas, familiares, sociales. En ese contexto, no es extraño que la juventud se viva como un momento intenso, incluso vertiginoso.



Es también una época especialmente vulnerable, de transición en la que se muestran elementos que antes no eran tan visibles: debilidades o falta de recursos como habilidades sociales o baja autoestima. Las exigencias aumentan, pero los recursos internos –emocionales, psíquicos– aún se están formando. Hay días en los que parece que todo se desborda. Otros, en los que nada tiene sentido. Sumado a eso, el estrés que supone tomar decisiones importantes sin tener certezas puede dejar una huella profunda, sobre todo si no se cuenta con redes de apoyo sólidas.

No hay que olvidar que las estrategias para afrontar ese malestar todavía no están del todo desarrolladas. No es que los jóvenes no quieran gestionar sus emociones:

muchas veces simplemente no saben cómo. O no tienen las condiciones para hacerlo. En esta etapa el sistema emocional está en construcción. Todo ello puede convertirse en una fragilidad si no se acompaña bien (Compas, 2001).

De hecho, los datos muestran una mayor vulnerabilidad a procesos psicopatológicos: ansiedad, depresión, conductas de riesgo, trastornos de identidad o aislamiento social (Lin, 2024). No se trata de etiquetar ni de reducir la juventud al sufrimiento. Se trata de reconocer que, en medio de todo su potencial, también es una etapa en la que se puede sufrir mucho. Y a veces en silencio.

Por eso, el acompañamiento en esta etapa es imperativo y necesario. Un acompañamiento que requiere sensibilidad, tacto y escucha, tanto de lo que dicen como de lo que no. No basta con estar. Saber leer más allá de las palabras, no imponer expectativas adultas a quien aún se está buscando y no presionar para que todo se resuelva rápido. Acompañar no es responder por ellos. Es sostener, abrir espacio, mostrar que hay adultos dispuestos a esperar, a cuidar, a comprender.

En definitiva, la juventud no es solo una etapa de transición: es también un momento de fragilidad. Y esa fragilidad, lejos de ser un defecto, es una parte inherente a la vida. Reconocerla es, precisamente, el primer paso para acompañar con respeto y profundidad.

De hecho, los datos muestran una mayor vulnerabilidad a procesos psicopatológicos: ansiedad, depresión, conductas de riesgo, trastornos de identidad o aislamiento social

6. Acompañamiento de inquietudes de identidad en niños y adolescentes

Acompañar a un niño o adolescente que expresa inquietudes sobre su identidad de género es una de las tareas más delicadas, y a la vez más necesarias, en el ámbito educativo y familiar. A menudo, detrás de estas expresiones hay un sufrimiento intenso, real, que no siempre se puede verbalizar con claridad. A veces aparece como angustia difusa, irritabilidad, aislamiento o rechazo al propio cuerpo. Otras veces llega de forma más directa, con un nombre nuevo, un rechazo rotundo del sexo biológico o una petición urgente de cambio. En cualquiera de los casos, lo que se pone en juego es algo muy delicado y profundo (Perry, 2019).



En estos contextos, es frecuente percibir una sensación de urgencia. La viven los adolescentes, por supuesto —muchos de ellos desean cambiar “ya”, sin margen de espera—, pero también sus familias y, no pocas veces, los propios profesionales. Como han señalado Miquel Missé y Noemí Parra (2023, p. 104), existe una percepción generalizada de prisa, casi de obligación de actuar rápido. El sufrimiento se convierte en motor de la acción y la transición aparece como única vía posible de alivio.

Sin embargo, acompañar bien significa, muchas veces, precisamente lo contrario: saber sostener y contener esa urgencia. Mantener la serenidad, sin negar el malestar, pero sin dejarse arrastrar por él. No se trata de frenar por frenar, sino de ampliar la mirada,

abrir horizontes, ofrecer itinerarios posibles. Ayudar a tomar las decisiones de manera más sólida. Ayudar a ser consciente de que existen múltiples formas de vivir el género y que transicionar puede ser una respuesta válida, pero no siempre es la única ni necesariamente la mejor para todos.

Este tipo de acompañamiento requiere tiempo. Tiempo para explorar el origen y la naturaleza del malestar. ¿Está vinculado al cuerpo, a las normas de género, a vivencias de rechazo, a experiencias de trauma, a otros aspectos aún no nombrados? No siempre es fácil saberlo, y mucho menos en la adolescencia, cuando todo cambia a gran velocidad. Por eso, es fundamental respetar el ritmo evolutivo de cada persona, sin imponer trayectorias ni acelerar procesos que aún están en gestación.

Experimentar no es lo mismo que escoger. Un adolescente puede explorar una expresión de género distinta sin que eso implique una decisión definitiva. Ofrecer ese margen es clave. Y

en paralelo, es esencial gestionar expectativas a corto y largo plazo —difícil tarea con el adolescente— tanto las propias como las de la familia. Expectativas que no siempre son realistas. Esto implica hablar con honestidad, con evidencia científica rigurosa, sin falsas promesas ni alarmismos. También significa reconocer que algunas decisiones —como ciertos tratamientos médicos o quirúrgicos— pueden ser difíciles o imposibles de revertir. No por miedo, sino por responsabilidad, el adulto que acompaña debe adoptar una actitud prudente, sobre todo cuando se trata de intervenciones irreversibles.

Todo esto exige mucho de las familias. A veces más de lo que pueden dar en un primer momento. Por eso, parte del trabajo consiste también en acompañarlas a ellas: ayudarlas a sostener la incertidumbre, a no exigir respuestas inmediatas, a reforzar la autoestima del menor incluso cuando no comprenden del todo lo que vive. No se trata de convencer, sino de sostener. De estar sin juzgar, aunque comporte angustia o dolor.

La experiencia trans, como sugiere Miquel Missé (2018, p. 53), puede ser una respuesta válida al malestar. Puede ser una forma legítima de habitar el mundo. Pero también es cierto que hay que distinguir entre malestar con el cuerpo y malestar con uno mismo, o con los mandatos del entorno. En ese sentido, acompañar no es confirmar automáticamente, ni negar categóricamente. Es caminar al lado, con respeto, con

Sin embargo, acompañar bien significa, muchas veces, precisamente lo contrario: saber sostener y contener esa urgencia. Mantener la serenidad, sin negar el malestar, pero sin dejarse arrastrar por él. No se trata de frenar por frenar, sino de ampliar la mirada, abrir horizontes, ofrecer itinerarios posibles



Pero también es cierto que hay que distinguir entre malestar con el cuerpo y malestar con uno mismo, o con los mandatos del entorno. En ese sentido, acompañar no es confirmar automáticamente, ni negar categóricamente

información clara y con el firme compromiso de proteger el derecho al libre desarrollo de la identidad, pase o no pase por una transición.

Por último, el acompañamiento ético implica cuidar. Cuidar la intimidad del menor, proteger la confidencialidad de la información y las vivencias compartidas. Hay emociones, dudas e inquietudes que deben ser acogidas con respeto profundo, sin exposición. Cuidar exige ofrecer un espacio seguro donde el menor pueda decir lo que siente, sin temor a ser corregido o instrumentalizado.

7. Conclusión

Acompañar procesos de búsqueda identitaria en niños, niñas y adolescentes –especialmente cuando implican experiencias trans o disconformidad con el género– es una tarea que interpela profundamente a educadores, profesionales del ámbito psicosocial y familias. No basta con tener buena voluntad, ni con aplicar protocolos al pie de la letra. Acompañar, en estos casos, exige presencia, escucha y un compromiso ético que va mucho más allá de lo normativo.

Uno de los grandes retos es aprender a convivir con la incertidumbre. La de los menores, que muchas veces no saben cómo nombrar lo que sienten. La de las familias, que oscilan entre el miedo, la confusión y el deseo de hacer lo correcto. Y la de los adultos educadores, que tienen que actuar sin perder la serenidad, sin imponer, pero sin desentenderse. En este contexto, la urgencia que suele instalarse puede ser un riesgo: empuja a dar respuestas rápidas, a confirmar etiquetas, a validar trayectorias antes de que estén verdaderamente consolidadas.

Este artículo ha intentado precisamente lo contrario: defender la necesidad de la serenidad, el valor del tiempo, de la pausa, de los procesos. No como forma de negación o retraso, sino como vía de respeto y cuidado. Acompañar bien es sostener, no resolver. Es permitir que el otro –aunque sea muy joven– tenga el derecho de dudar, de cambiar, de volver sobre sus pasos si lo necesita. Es abrir un espacio donde experimentar no sea una amenaza, sino una oportunidad legítima.

La identidad, especialmente en la juventud, no es una verdad a descubrir de una vez por todas. Es un camino que se recorre con otros, requiere diálogo, comporta conflicto y transformación. Acompañar ese camino implica evitar simplificaciones, proteger la intimidad de quienes lo recorren, ofrecer información rigurosa sin dogmatismos y, sobre todo, generar confianza para construir vínculos seguros donde el menor se sienta escuchado, acogido y valorado por quien es, no por quien creemos que debería ser.

En un momento histórico en el que la polarización impide muchas veces el diálogo sereno, urge recuperar una reflexión cuidadosa y profunda; y una mirada más ética, más delicada y más humana. Acompañar inquietudes trans no debería significar ni



afirmación automática ni sospecha sistemática. Debería significar estar ahí, realmente. Con tiempo. Con respeto. Con cuidado. Y con la firme convicción de que todo niño, niña o adolescente tiene derecho a buscar quién es libremente, sin sentirse solo, juzgado ni empujado a decidir antes de tiempo.

Ese es el verdadero sentido de educar desde el cuidado: acompañar, sostener y acoger desde el respeto y la serenidad para hacer posible que cada persona se despliegue en libertad.

Referencias

- Compas, B. E., Connor-Smith, J. K., Saltzman, H., Thomsen, A. H. y Wadsworth, M. E. (2001). Coping with stress during childhood and adolescence: problems, progress, and potential in theory and research. *Psychological bulletin*, 127(1), 87. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.127.1.87>
- Cornelius-White, J. (2007). Learner-centered teacher-student relationships are effective: A meta-analysis. *Review of educational research*, 77(1), 113-143. <https://doi.org/10.3102/003465430298563>
- Esquirol, J. M. (2024). *L'escola de l'ànima: de la forma d'educar a la manera de viure*. Quaderns Crema.
- Gaete, V. (2015). Desarrollo psicológico del adolescente. *Revista Médica de Chile*, 143(6), 764-770.
- González-Mendiondo, L., Moyano, N. y Mayor, A. (2024). Acompañar la transexualidad desde la escuela: un estudio cualitativo con las familias. *Revista de Psicodidáctica*, 29(1), 78-85. <https://doi.org/10.1016/j.psicod.2023.08.001>
- Lin, J. y Guo, W. (2024). The research on risk factors for adolescents' mental health. *Behavioral Sciences*, 14(4), 263. <https://doi.org/10.3390/bs14040263>
- Mastorci, F., Lazzeri, M. F. L., Vassalle, C. y Pingitore, A. (2024). The transition from childhood to adolescence: Between health and vulnerability. *Children*, 11(8), 989. <https://doi.org/10.3390/children11080989>
- Missé, M. (2018). *A la conquista del cuerpo equivocado*. Editorial Egales.
- Missé, M. y Parra, N. (2023). *Adolescentes en transición: Pensar la experiencia de género en tiempos de incertidumbre*. Bellaterra Edicions.
- Ruzek, E. A., Hafen, C. A., Allen, J. P., Gregory, A., Mikami, A. Y. y Pianta, R. C. (2016). How teacher emotional support motivates students: The mediating roles of perceived peer relatedness, autonomy support, and competence. *Learning and instruction*, 42, 95-103. <https://doi.org/10.1016/j.learninstruc.2016.01.004>
- World Health Organization. (2019). *International classification of diseases for mortality and morbidity statistics* (11th ed.). Gender incongruence. WHO.